

Félix Armando Núñez

Canciones de la soledad invencible

I

LA CANCIÓN DE LA VIDA



TODA la tierra está vibrando—con un rumor de colmenar!—
Martillo, arado, sierra y hacha—todo se mezcla en un
cantar—y canto y sueño y pensamiento—se van hacia la
luz solar!

Oh! corazón del mundo, que ama—la perfección y el ideal!—
toda la tierra está vibrando—con un rumor de colmenar—entre el cor-
daje tembloroso—y áureo de la luz solar!

Mana alegría de los cielos,—estalla de alegría el mar:—¡toda la
vida es alegría!—¡Oh! la alegría de pensar,—de encontrar en la Luz
Eterna,—el tenue hilo elemental—que une las cosas más diversas—en
una sencilla unidad.

Toda la tierra está vibrando—con un rumor de colmenar:—la
tierra toda por la escala—del sol gozoso y del cantar—asciende más,
asciende siempre—a la Belleza y al Ideal.

Oh! la alegría del trabajo—que, en la gozosa claridad,—hace
latir la tierra henchida—con un rumor de colmenar!— ¡Luz del pensa-
miento activo, — luz del amor y luz solar! — ¡hacia la luz, toda la
tierra—rompe en un diáfano cantar!

Oh! corazón del mundo, que ama—la perfección y el ideal!—
Martillo, arado y pensamiento—tienen un único compás,—y la can-
ción del mundo en marcha,—la férvida canción total—por sobre las

montañas—y el anhelo sin fin del mar,—dice en su letra irresistible:—
¡subamos más, subamos más!

II

CANCIÓN GOZOSA DE LA MÁS TRISTE SOLEDAD

Oh! la nostalgia de las cosas bellas—que anhelé tanto y nunca fueron mías!—Oh! labios de mujer que me negaron—el sabor vehemente de la vida!

Oh! secreto del mundo, alma del agua—fugitiva palabra de las brisas,—suspiro de los valles! Oh! todo eso—que no pudo decir mi poesía!

Oh! nudo que ata mi alma con la Tierra!—Oh! atracción inefable y encendida—sobre mi corazón y mis sentidos—de lo que apenas saben mis pupilas!

El mundo nos sujeta en fuertes lazos—con atractivos que son nuestra dicha—y cada cosa bella que violamos—es una amarra menos a la Vida...

Oh! encanto de mi red intacta y trémula—en donde el Cosmos virginal palpita!—Entre sus hilos musicales y áureos—la Tierra está como recién nacida.

Oh! sed nunca saciada que me logras—la palabra turbada de armonía!—Oh! divina nostalgia de las cosas:—¡misterio de la vida no vivida!

Todo yo soy un ansia clamorosa,—un ansia de belleza, un ansia lírica!—de frases balbucientes de ternura,—un ansia de vivir en nuevas vidas.

¡Qué bello nos parece lo que siempre—quisimos y se hurtó a nuestra codicia!—El ruiñeñor sediento de la luna—quiebra su anhelo en claras melodías.

Oh! belleza de todo lo lejano,—maravilla del cielo, poesía—de los astros!... También está lejana—para mi corazón la propia vida...

Mas, la embriaguez del canto me resarce,—y aunque la voz no suba estremecida,—mi corazón encuentra en la Belleza—la más vibrante y diáfana alegría.

III

LA CANCIÓN DE LA LUZ

¡Júbilo del sol matutino,—embriaguez de lírico azul!—La avasallante lumbrarada—pone a cantar mi juventud,—y estoy gozoso, tembloroso—loco de luz, sin otro amor—que el amor potente a la vida—y el amor divino del sol!

En sutil oleaje de oro—rompe, cantando, el viento Sur—la gloriosa marejada—imponderable de la luz!

Como una bandera gigante—se estremece fúlgido el azul,—y en el delirio luminoso,—grito de gozo al Norte, al Sur,—hacia todos los horizontes—y más allá del hondo azul,—como si mi corazón ebrio—fuese el manantial de la luz!

IV

CANCIÓN DE LA SOLEDAD LLENA

Canté la soledad, y no sabía—que tú llenabas esta soledad—como un perfume vago—como un blando susurro del pinar.

Busqué el hondo silencio, y no sabía—que me callaba para oírte más,—que derramé mi vaso—para que lo volvieses a llenar.

Mi alma era un estanque luminoso—en que subía un agua musical:—cuando estuvo colmada—me estremecí evocando tu mirar.

Busqué el hondo silencio, y no sabía—que me callaba para oírte más,—que sólo en tu palabra—se me iba a revelar la eternidad.

FÉLIX ARMANDO NÚÑEZ.